

## El discurso político de las organizaciones empresariales. La transición mexicana desde la teoría de los sistemas\*

---

El siglo XX mexicano inicia con la Revolución de 1910. Sus etapas, consecuencias y aportes a la vida pública serán valorados dos décadas después. El movimiento popular se alzó con el grito de “ya no” a una serie de hechos que pisoteaban las condiciones de vida de gran parte de la población. Entre las causas del levantamiento armado, se puede mencionar una dictadura de treinta y cuatro años donde los beneficiarios directos fueron el general Porfirio Díaz y el grupo de los “Científicos”, el asesinato del presidente Francisco I. Madero y vicepresidente José María Pino Suárez, el desconocimiento del usurpador Victoriano Huerta, los deseos de cambiar “las estructuras operantes del poder” materializadas en las desigualdades más deshonrosas, y ciertas coyunturas exaltadas según el bando y sus intereses. Desde luego que los revolucionarios no actuaron a partir de un proyecto de nación ni bajo los preceptos de un *discurso* fundacional del quehacer político. Esto último se irá conformando, al menos en teoría, después

de la promulgación de la Constitución de 1917, que absorbe algunas de las proclamas de las disputas. Pero, principalmente, con los hechos ocurridos de 1920 a 1930, en donde, además de magnicidios, imposiciones gubernamentales y apertura y fundación de instituciones públicas y gubernamentales, se va forjando un “*discurso propio*” en cada ámbito de la sociedad cuyo *hacer* afecta a los demás.

La gesta revolucionaria agrupó a intelectuales y artistas, y privilegió la participación de las clases populares, pero ignoró el poder de los empresarios. Este sector se mantuvo “distante” de los acontecimientos, dando a saber sus intereses con la creación de organizaciones que, a partir de los años treinta, tendrán reconocimiento en el andamiaje organizativo-coercitivo de la nación. Y, de entonces a la fecha, su evolución es notoria, al moldear su sentir de acuerdo con los fenómenos sociales; hasta externar sus puntos de vista, de forma abierta (sobre aspectos de la vida pública nacional e internacional en tanto afecten sus intereses) en los medios masivos de comunicación: prensa, radio y televisión.

De este contexto parten los enfoques del libro *El discurso político de las organizaciones empresariales. La transición mexicana desde la teoría de*

\* Rafael Montesinos, *El discurso político de las organizaciones empresariales. La transición mexicana desde la teoría de los sistemas*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 2007, 540 pp.

*los sistemas*, de Rafael Montesinos, quien desea construir un modelo de análisis que permita comprender cuál ha sido el papel político de las principales organizaciones empresariales en el periodo que se conoce como *transición mexicana*.<sup>2</sup> La cual parte de la transformación de las estructuras políticas e ideológicas de los años setenta, y continúa con los vuelcos de la economía. Esto, desde la *lógica sistémica* aplicada por el autor, permite ver que los intercambios entre una y otra estructura, aunados al subsistema sociocultural, se funden en el desplazamiento de uno a otro (política/economía/sociedad). Recordemos que este proceso inicia en los años sesenta, en el lapso de agotamiento del *modelo de sustitución de importaciones*, el cual estuvo unido a la transformación de las estructuras económicas, políticas y socioculturales. Y está dividido en dos etapas:

<sup>2</sup> Un acercamiento previo a esta etapa de la historia nacional, la desarrolló el autor en *Un modelo para analizar la transición mexicana*, Gobierno del Estado de Aguascalientes, México, 2001, 178 pp. En donde aplica la teoría de los sistemas al quehacer político, bajo el supuesto de que este tratamiento sugiere un alto grado de resolución para desentrañar una realidad social que cada vez se exhibe más compleja. De tal manera, el “modelo de análisis” aparece como una solución metodológica para articular la política, la economía y la cultura. En cuanto a la esfera política, se centra en la toma de decisiones, los consensos y los posibles conflictos que enfrenta el sistema societal.

1) De 1960–1982, opera un cambio político y cultural que da por resultado una nueva relación entre el Estado y la sociedad; pero se conserva el presidencialismo, su actitud corporativo-clientelista y su discurso demagógico-revolucionario. Su programa de desarrollo económico se agota, en parte, por la intervención directa del Estado y su política asistencialista.

2) De 1982–2006, se modifica lo político y lo económico, se avanza hacia el equilibrio de poderes, emerge una oposición “real” y un conjunto de Organizaciones No Gubernamentales (ONG), el Estado rompe con el manejo populista de la política. En lo económico, se establece la apertura, la privatización, el adelgazamiento del Estado y el abandono de las posturas subsidiarias.

En última instancia, la transición mexicana aparece como un conjunto de cambios periódicos, que combinan transformaciones en las estructuras políticas, económicas y culturales. Esto debido a que el cambio social supuesto en la transición se diluye en la misma naturaleza de lo social. Asimismo, este fenómeno provoca que los principales actores del sistema político planteen en sus discursos una imagen de llegada o conclusión del proceso, que a la vez sea una solución a la crisis. Y la relación entre un modelo energético, sustentado en la teoría de los sistemas, y un proceso de transición, “es que la relación entre sistema y ambiente supone una dinámica de intercambio perma-

nente, y la transición presupone de antemano el cambio” (p. 125). Amén de que la reproducción del poder, en analogía con el *factor energético*, permite contemplar los cambios de una sociedad en *transición*.

La exégesis del autor tiene como marco teórico la antropología y se enfoca al *discurso* de las organizaciones empresariales, en cuanto que tienden al poder (representación y ejercicio) institucionalizado.<sup>3</sup> Su aparato conceptual se apoya en la *teoría energética* de Richard N. Adams —relación sistema-ambiente cuyo enfoque antropológico sugiere un vínculo hombre-naturaleza, sociedad-medio ambiente, donde la definición de *poder* apela a la capaci-

dad del hombre (*sistema*) para controlar su *ambiente*— y en la *teoría de los sistemas* de Bertalanffy —capacidad de respuesta del modelo sistémico-energético a la complejidad de la realidad social, concebida desde los conceptos de *sistema* (conjunto de elementos de interacción), *entropía* (energía generada por cualquier sistema abierto, que le permite mantenerse en equilibrio) y *comunicación* (medio que abre la posibilidad de la *retroalimentación* entre las partes del sistema, y entre éste y su entorno)—, Deutsche e Easton —situados en la lógica de la ciencia política, destacan el sistema de toma de decisiones—, Parsons —análisis sistémico en cuanto esquema relacional, entendido a partir del intercambio entre los principales sistemas sociales: economía, política y cultura, y desde la relación entre los miembros de la sociedad, individuales o colectivos— y Luhmann —cuyo enfoque evidencia cómo la teoría de los sistemas facilita la articulación de la política, la economía y la cultura, al reflexionar sobre la complejidad inherente a la relación sistema-ambiente, y la permanencia en el tiempo de un sistema.

El proceso consiste en interpretar el sistema político desde la perspectiva energético-sistémica, lo cual obliga a Montesinos a definir la relación existente entre el modo de toma de decisiones y las demandas de la sociedad mexicana; específicamente, las que plantea al gobierno la representación

<sup>3</sup> La cultura política, vuelta objeto de estudio antropológico, pone en juego las técnicas cualitativas y el punto de vista del actor. Lo que se traduce en una gama de elementos conceptuales para entender la relación estructural entre los sujetos, el poder y las instituciones políticas. Y aquí, la “historia de vida”, el “relato biográfico” y el “análisis de redes” forman parte de la metodología. Al respecto, tengamos en claro que la cultura política no es un conjunto de actitudes unívocas y lineales frente al poder, pues en el tejido de la sociedad coexisten diversas percepciones sobre las instituciones políticas; de esto el por qué nunca existe una simetría entre los discursos políticos y la apropiación de los mismos, sino una variedad en cuanto a su significación. Sobre este planteamiento, véase Rosalía Winocur (coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*, IFE/FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, México, 2002, 127 pp. En especial, véase Ángela Giglia y Rosalía Winocur, “Posibilidades y alcances de las técnicas antropológicas para el estudio de la cultura política”, pp. 91-127.

formal de la clase empresarial, a partir de los discursos políticos que aparecen en los medios de comunicación impresos. Por su parte, la transformación del poder, permite a Montesinos aplicar su modelo interpretativo, debido a que el *flujo de poder* perdido por un actor, grupo o institución, es recuperado por otro. Este fenómeno se capta por la *situación energética*, en la cual *la energía se transforma*, permitiendo la emergencia de nuevos actores políticos con discursos que confrontan una ideología que ha cumplido su ciclo. Y en tal sentido, la crisis de la sociedad mexicana, iniciada en los años ochenta, representa una *pérdida de energía* que pone en riesgo la reproducción de las estructuras del poder.

Asimismo, las relaciones de intercambio entre las autoridades gubernamentales y la ciudadanía, son apreciadas en cuanto *entradas-salidas* desde el *modelo de análisis energético*, donde el objetivo es ver la capacidad de la estructura política mexicana para generar consensos o provocar disensos (legitimación/deslegitimación). Pues, en la lógica sistémica, el discurso político de los diferentes actores representa la *entrada*, mientras las políticas adoptadas por el gobierno fungen como las *salidas* del sistema de toma de decisiones. Aunado a la lucha por el poder de la clase empresarial y al deterioro de la credibilidad en la *burocracia política*. Por lo anterior, el

“periodo de la transición mexicana” proyecta la construcción de nuevos escenarios políticos, es decir, alienta un replanteamiento de los engranajes del poder donde los medios de difusión masiva son determinantes en la construcción de *otro espacio público*.

En el capítulo 1, “Un modelo teórico-conceptual para analizar la transición mexicana”, Montesinos expone su modelo de análisis desde la interpretación de la teoría de los sistemas. Aborda la lógica política a partir de la toma de decisiones, los consensos y los posibles conflictos propios del sistema societal. En conjunción, presenta el estudio del papel energético que juega la comunicación en la reproducción de un sistema político; establece la relación entre la cultura política y el discurso que la sustenta, con la finalidad de aclarar cómo el relato político se constituye en el referente obligado para comprender el proceso de la transición. Así, el punto de vista energético, teoría de los sistemas, le sirve para dar razón de la complejidad de la realidad social; estableciendo el mínimo de partes que conforman al sistema (política, economía y cultura), la interacción entre ellas, así como los niveles de intercambio del sistema: intrasocietal y extrasocietal. Cualidad desde la que construye el modelo de interpretación sobre el proceso de *transición*, determinando como *modus procedendi* “la reproducción del poder, la transformación de sus símbolos,

la forma que adquiere a partir de los discursos que dan forma al espacio público de la modernidad de fin y principio de siglo” (p. 41).

El objetivo del segundo capítulo, “Las organizaciones empresariales en la génesis del sistema político mexicano”, es comprender cómo se da forma al sistema político mexicano en el periodo posrevolucionario, cuál fue la lógica de su desarrollo económico, y cuáles fueron las posiciones que jugaron los diferentes actores sociales, fundamentalmente, el papel político-ideológico desempeñado por los empresarios. Considera como línea expositiva los tratos entre los diferentes gobiernos y los empresarios, en especial, desde la actuación de organizaciones como la Confederación de Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos (Concamin), la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, Servicios y Turismo (Concanaco), la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (Canacintra) y el Consejo Coordinador Empresarial (CEE), en la reproducción del poder concentrado en la “familia revolucionaria”.

“El poder empresarial y el proceso energético de la transición mexicana”, se titula el tercer capítulo. Aquí, el autor presenta los aspectos relevantes de la transición mexicana, iniciada en los años sesenta. Con base en el

modelo analítico de la teoría de los sistemas, destaca el rol político de las organizaciones empresariales, materializado en los discursos impresos, y cómo esto reincide en la crisis del modelo posrevolucionario, en los símbolos de su “legitimación” y en la construcción de un nuevo proyecto de nación. El discurso político de los empresarios es valorado de acuerdo con su importancia en la develación de los signos de agotamiento del gobierno en turno, de la conformación de un nuevo espacio público y de la instauración de otro sistema económico a partir de 1982.

El último capítulo, “El discurso político de las principales organizaciones empresariales”, se enfoca al análisis de los discursos de los actores políticos. La finalidad de Montesinos es plasmar el sentir de los empresarios ante el advenimiento del modelo neoliberal y sus implicaciones ideológicas, reestructurantes del poder y contradictorias en cuanto a la cohesión de lo político y lo económico. Al tiempo de matizar los vaivenes de la credibilidad en el sistema de gobierno y sus instituciones, el “rumbo del país” que de un discurso a otro se exalta, y el replanteamiento de las estructuras sociales inherente a la transición y “sus discursos”.

Las hipótesis de estudio son:

a) El discurso de los actores político-sociales, gracias al cual se puede conocer su identidad, posición ideoló-

gica y su relación en torno a los mecanismos del poder.

b) La reproducción de los rituales de la política moderna, evidenciados a través de los discursos de los funcionarios del quehacer público-social que aparecen en los medios de difusión masiva.

c) Los escenarios donde se propagan los cultos del poder, con base en la redefinición que hacen las empresas de comunicación del espacio público.

d) El discurso político de las organizaciones empresariales, a partir de su papel en el proceso de transición; ya sea *deslegitimando* la posición hegemónica de la burocracia política o *legitimando* el ascenso de la tecnocracia al poder.

Estos lineamientos tienen como base una historización del sistema político creado después del “triumfo” de la Revolución mexicana (1920-1930), extendido a lo largo de siete décadas. Montesinos pone énfasis en las condiciones prevalecientes de los años treinta a los sesenta, para después caracterizar etapas de la vida nacional como la llamada “tecnocracia al poder” (con Miguel de la Madrid), “del neoliberalismo al liberalismo social” (con Carlos Salinas de Gortari), “la crisis del neoliberalismo” (1994), y el “pragmatismo ideológico empresarial” y el consecuente retroceso o estancamiento político, económico y social (con Vicente Fox). En este devenir, el autor encuentra

motivos suficientes para reflexionar sobre el discurso de las organizaciones empresariales; y sobre las contradicciones de los subsistemas de gobierno que han sobrefacultado a los empresarios en su ámbito de acción durante el siglo XX, gracias a lo cual han coadyuvado en los cambios registrados a partir del año 2000, cuando arriba a la presidencia de México un ex miembro de este sector (Fox).

Ahora bien, el estudio de la transformación de la sociedad mexicana, a partir de la instauración del modelo neoliberal, supone el reconocimiento de los cambios estructurales en lo económico y lo político, amén de la aceptación de los nuevos actores sociales nacidos a raíz de la crisis ideológica y del agotamiento del proyecto de nación.<sup>4</sup> Rubro en el cual se encuentran los empresarios, quienes, al igual que los demás actores nacidos al calor de la transición, buscan restituir el orden, *recuperar la energía perdida* y generar mejores condiciones para trazar el rumbo que hoy

<sup>4</sup> Para Montesinos, la ideología plasmada en un discurso constituye el referente más preciso y efectivo para identificar a los actores sociales, y para caracterizar el proyecto de nación por el cual luchan. Es fundamental, pues todo cambio va guiado por una confluencia de ideas tendientes a plantear el camino que ha de seguir la transformación de las estructuras sociales, el encausamiento de una nación y las acciones de un partido político o los actores sociales. En términos latos, la ideología es un instrumento de confrontación entre las clases sociales, inserta en el ámbito simbólico de la comunicación.

exige, en la lógica de la globalidad, el uso racional del poder de Estado para equilibrar los criterios de distribución de la riqueza y promover el avance de una cultura democrática.

Pues, en la medida que el ascenso de la tecnocracia representa la derrota de las clases trabajadoras en el escenario político nacional, la adhesión ideológica de los propietarios del capital es fundamental para recuperar la legitimidad de la clase política en el poder. Por ello, resulta de vital importancia captar el *sentido* del discurso político de las principales organizaciones empresariales, con el fin de comprender las representaciones que se van construyendo al paso de la transición, y descifrar su posible impacto en la sociedad. Además, si se prescindiera del análisis discursivo, sería imposible comprender el rumbo que ha tomado el país desde 1982, momento en el que los empresarios llegan informalmente al poder.

Para el autor, la “aprobación” de la tecnocracia y su visión del país sólo se concibe por el respaldo que esta clase política encontró en los reacomodos de las organizaciones empresariales, mediante los discursos insertados en los medios de comunicación. Hecho que dio forma al espacio público de acción, forjó corrientes de opinión y definió aspectos relevantes de la agenda de gobierno. Por consiguiente, el ascenso de la tecnocracia en 1982, se traduce en un proyecto de desarrollo que mar-

gina a gran parte de la sociedad,<sup>5</sup> y es avalado por una nueva ideología que renuncia al carácter nacionalista y asistencialista que privó a lo largo de cincuenta años. Es decir, la lucha por el poder presupone el manejo de símbolos que contraponen proyectos de nación radicalmente disímiles.

De acuerdo con lo anterior, el discurso de las organizaciones empresariales, además de ayudar en la reproducción del sistema político mexicano, permite comprobar la función de la comunicación política en la toma de decisiones gubernamentales.<sup>6</sup> Pues entra en la “lógica sistémica” que hace posible la reproducción del poder, ya sea atacándolo mediante la contraposición simbólica o legitimándolo

<sup>5</sup> Es factible decir que la contraparte a tal binomio (tecnocracia/empresarios), como en casi todas las estaciones de nuestra historia, es la clase trabajadora, la ausente del proceso de “legitimación” de los sectores que marcan su destino público y privado; es la perdedora, por carecer de un *discurso* y una *representación real* lo suficientemente capaz de insertarse en esa bipolaridad del poder y hacer valer su presencia.

<sup>6</sup> Los discursos de las organizaciones empresariales están sistematizados en tablas, donde se ordenan de acuerdo con la intensidad de la presencia en los medios impresos y con las variables al paso de la transición. En ellas se aprecia su perspectiva ideológica, política, de apoyo al gobierno, lo que censuran, sus demandas, su evaluación del Tratado de Libre Comercio (TLC) y su diversidad temática. Los datos van de 1985 a 1997, pero los desgloses y puntualizaciones abordan problemas recientes, como la posición de la Concanaco ante el plantón del Partido de la Revolución Democrática (PDR) en 2006, organizado por Andrés Manuel López Obrador en la Ciudad de México.

por medio de su apoyo para generar la credibilidad que todo orden social requiere para su subsistencia. Así, la comunicación política, vertida en discursos en el espacio público, deviene en la materialización de las demandas que la sociedad emite para que los gobernantes den forma al proyecto de nación que intentan impulsar, y se constituye en un referente para la opinión pública, en un “instrumento de poder”.

Por tal motivo, a través de los discursos políticos se observa cómo el sector empresarial pasa, de enemigo de los gobiernos posrevolucionarios (Echeverría y López Portillo),<sup>7</sup> a aliado de la tecnocracia, del desarrollo basado en la economía de mercado (1982), asumiendo una posición conciliadora con el Estado (en especial la Coparmex, fundada en 1929 y vinculada al Partido Acción Nacional, creado en 1939) y trasluciendo su “proyecto de nación”. Que pasa de una lucha contra el modelo populista (1985) a una serie de demandas para alejarse del pasado. Y con ello, el uso de la prensa será una forma de parti-

<sup>7</sup> Los rasgos del periodo posrevolucionario son: presidencialismo, partido político dominante, corporativismo, ideología nacionalista-revolucionaria, intervencionismo económico del Estado y política asistencialista, los cuales “representan el conjunto de prácticas políticas que de manera sintética sugieren una visible concentración de poder en la burocracia política” (p. 229). Sin embargo, la “fuerza energética” del discurso de los empresarios erosiona el poder simbólico y la credibilidad no sólo de la burocracia, sino de los gobiernos posrevolucionarios.

cipación en el poder, al influir en la toma de decisiones.

Los empresarios, en cuanto propietarios del capital y poseedores de los recursos necesarios para garantizar su reproducción, siempre están vinculados al poder, ya sea que lo ejerzan directa o indirectamente, o colocados como líderes formales o naturales de la sociedad. Y, dentro del sistema político, ostentan una cuota importante de poder, pues “todo poder económico es la representación más visible del poder político” (p. 437). En este tenor, es significativa la inclusión de “voces empresariales” en un anexo, a través de semblanzas biográficas, testimonios, entrevistas y trabajos etnográficos, gracias a los cuales se vislumbra otra forma de ver al país, así como la lógica del desarrollo industrial, la transición, la crisis económica y la forma de incursionar en los negocios. Entre ellas están las de Juan Sánchez Navarro, Manuel Espinosa Yglesias, Carlos Slim, Jorge Ocejo, el ingeniero Picard, y propietarios de la pequeña y mediana empresa.

Ahora bien, los momentos de tensión, previos a la *transición mexicana*, y posteriores a la misma, están determinados por:

i) Las nuevas condiciones políticas que se generan al iniciarse la erosión del presidencialismo.

ii) El desgaste de las estructuras corporativas que legitimaron a la elite gobernante.

*iii)* La politización de la sociedad.

*iv)* El predominio de una clase empresarial que ha influido en el rumbo de la nación.

De acuerdo con estos puntos, y los señalamientos precedentes, se deduce que la participación en la esfera pública (reproducción del sistema político mexicano) es el elemento distintivo de los empresarios. Por ello, es de interés la forma en cómo ejercen el control y la práctica de su cultura política, pues en ambos casos se trasluce su audacia para hacerse del poder formal e institucional. En este contexto, la coyuntura que permite la emergencia de nuevos actores

políticos se conforma debido a la crisis política que supone una crisis de credibilidad, de legitimación y, por tanto, de la ideología consustancial a los discursos que establecen órdenes, funciones y jerarquías en la sociedad. En síntesis, la finalidad del texto es explicar los flujos de poder implícitos en el proceso social, donde la “reconstrucción del país” presupone la restauración del equilibrio entre la política, la economía y la cultura.

*Silvestre Manuel Hernández*  
Universidad Autónoma  
Metropolitana-Iztapalapa